

El nuevo blanquismo

Publicado originalmente en *Der Kommunist* (Bremen), nº 27, 1920. Traducido del alemán a partir del original digitalizado en el archivo Kurajse. Las citas de Rosa Luxemburg proceden de la traducción española de obras escogidas.

Nota de presentación de Comunistas de Consejos de Galiza.

El siguiente texto de Pannekoek (1920) se sitúa en el momento de su controversia con los bolcheviques dentro de la III Internacional, cuando todavía la diferencia entre los comunistas consejistas y los bolcheviques se consideraba fundamentalmente una diferencia de táctica. También refleja las tendencias existentes en el movimiento obrero alemán, oscilante entre el economicismo autogestionario y el politicismo blanquista, entre la ilusión creada por la legalización de los consejos obreros bajo la República de Weimar y la traslación a Alemania de la concepción bolchevique de la revolución proletaria como la toma del poder por un partido.

Prescindiendo de las limitaciones del texto, su análisis de ambas tendencias sigue siendo ampliamente aplicable a las situaciones revolucionarias actuales y a la división entre las tendencias que se reclaman revolucionarias-conscientes.

El texto fue traducido del alemán. Acrecentamos unas citas de Rosa Luxemburg.

* * *

«Una vez conquistado el poder, el proletariado (...) debe -y a eso está obligado- aplicar medidas socialistas inmediatas del modo más enérgico, inflexible y sin contemplaciones, es decir, tiene que ejercer la dictadura, pero la dictadura de la clase y no la de un partido o una camarilla; dictadura de la clase que supone la publicidad más extensa, la participación más activa y sin trabas de las masas populares, la democracia ilimitada.»

«¡Pues sí, dictadura! Pero esta dictadura no consiste en la eliminación de la democracia, sino en la forma de practicarla; esto es, en la intervención enérgica y decidida en los derechos adquiridos y en las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin la cual no cabe realizar la transformación socialista. Pero esta dictadura tiene que ser la obra de una clase y no la de una pequeña minoría dirigente en nombre de una clase; esto es, tiene que ir resultando paso a paso de la participación activa de las masas, asimilar su influencia inmediata, someterse al control de toda opinión pública, surgir de la educación política creciente de las masas populares.»

Rosa Luxemburg, *La revolución rusa*, 1918.

Cuando las circunstancias materiales conducen a una revolución, pero las masas están todavía pasivas y no inclinadas a la revolución, se desarrollan entonces las doctrinas que quieren alcanzar la meta de otro modo del que la revolución política de los proletarios. Así en Francia antes de 1870, donde se ligaban a los nombres de Proudhon y Blanqui las dos tendencias que, de manera opuesta, elaboraban una teoría de los primeros

gérmenes del movimiento futuro. Se vinculaban a Proudhon, el crítico pequeñoburgués del gran capital, aquellas partes del movimiento obrero ascendente que querían socavar el capitalismo mediante la construcción pacífica de las cooperativas; sentían instintivamente que el poder de la nueva clase debía descansar en una construcción económica de nuevos fundamentos, no en los intentos de golpes políticos externos. Se vinculaban a Blanqui, el intrépido conspirador revolucionario, aquellas partes del proletariado que sentían que la conquista del poder político es necesaria; y si el conjunto de la clase es aun así igualmente válido, debe tener lugar por medio de una minoría decidida, que arrastre a la masa por medio de su sapiencia y actividad y que podría mantener el poder en sus manos a través de una estricta centralización. Ambas tendencias estaban enraizadas en la tradición de los movimientos anteriores y eran, por tanto, pequeñoburguesas, porque todavía carecían de noción de la amplia fuerza que tiene la lucha de clase proletaria desplegada, la cual encontraría su expresión en las enseñanzas marxistas.

Es simplemente entendible, así mismo, que doctrinas similares aparezcan de nuevo otra vez, por supuesto en una forma mucho más avanzada y desenvuelta, con base en todo lo que, como doctrina marxista de la lucha de clases, se ha convertido desde entonces en propiedad común de todos los luchadores proletarios; por tanto, como diferentes matices de esta enseñanza. La convicción de que el proletariado debe desarrollar su poder económico mediante el dominio del proceso de producción, a través de los consejos de fábrica, y que toda la política de fuerza (*Gewaltpolitik*) de las gentes de Noske debe rebotar sobre eso, puede conducir a un neo-proudhonismo, si uno cree que este método es suficiente para transportar a la sociedad, mediante su propia fuerza milagrosa, sin mayores luchas revolucionarias del proletariado, al orden comunista. Y, por otra parte, una tendencia neo-blanquista se vuelve evidente en la concepción de que una minoría revolucionaria podría conquistar el poder político y mantenerlo en sus manos, y que esto es la conquista de la dominación (*-del gobierno en sentido amplio-, n.t.*) por el proletariado. Esta tendencia se evidencia en el escrito de Struthahns sobre la dictadura de la clase obrera y el Partido Comunista.

Él dice de la dictadura de la clase obrera aquí: “*¿Qué significa eso? Pues por el momento que ella pone en primer lugar los intereses de la clase obrera y se dirige sólo según ellos. Segundo, que sólo puede ser ejecutada por organizaciones obreras*”. En otras palabras: la “*Dictadura de la clase obrera*” no significa la dictadura de la clase obrera, sino otra cosa. No es la dictadura de la clase, sino la dictadura de ciertos grupos, y se autodenomina dictadura proletaria porque es llevada a cabo por una organización obrera (también el SPD es una organización obrera) y porque pone los intereses del obrero en primer lugar (lo que afirman de sí muchos *socialtraidores*). La que está representada aquí es la dictadura del partido comunista, la dictadura de la minoría revolucionaria resuelta.

Se hacen luego, no obstante, muchas restricciones; la mayoría de las veces excelentes explicaciones sobre el papel del Partido Comunista en la revolución, que muestran que aquí hay un político diestro con la palabra, que no quiere con eso hacer tentativas golpistas ciegamente y ha aprendido de la revolución rusa. Pero su principio teórico tiene que enfatizarse aún más. Y, como consecuencia adicional de su doctrina, no es de nuevo el Partido Comunista en conjunto, sino su comité central, el que ejerce la dictadura, en primer lugar dentro del partido, donde excluye a personas de su poder absoluto y expulsa a la oposición con métodos vulgares. También resulta actualmente

muy valioso lo que Struthahn dice sobre él. Pero las palabras arrogantes sobre la centralización de la fuerza revolucionaria en manos de campeones probados causarían más impresión si no se supiese que ésta habría de servir para la defensa de una pequeña política oportunista estafadora con los Independientes, y al anhelo por la tribuna parlamentaria. No vale aquí el apelo a Rusia, donde el gobierno comunista no simplemente retrocede, como las grandes masas obreras desalentadas por su desviación, sino que ejerce firmemente su Dictadura y defiende la Revolución con toda la fuerza. La conquista del poder no fue válida; los dados se tiraron, la dictadura proletaria dispone de todos los medios de poder y no podría abandonarlos. Uno encuentra el verdadero ejemplo ruso en los días anteriores a Noviembre de 1917. Allí el Partido Comunista nunca había explicado o creído que debía tomar el poder y que su dictadura era la dictadura de las masas obreras. Siempre había explicado que los Soviets, los representantes de las masas, debían tomar el poder; él mismo formulaba el programa, luchaba por él, y como finalmente la mayoría de los Soviets reconocieron la corrección de este programa, tomó el gobierno en sus manos, con lo cual los comunistas espontáneamente sus órganos ejecutivos, cuyo soporte más poderoso era el PC y sobre cuyos hombros pesaba todo el trabajo.

Nosotros no somos ningunos fanáticos de la democracia, no tenemos ningún respeto supersticioso por las decisiones por mayoría ni rendimos tributo a la creencia de que todo lo que haga estará bien y debe suceder. La acción es crucial, la actividad es poderosa sobre la inercia masiva. Donde el poder aparece como factor, queremos usarlo y aplicarlo. Si, a pesar de eso, rechazamos decididamente la doctrina de la minoría revolucionaria, es justo por la razón de que tiene que conducir a un poder aparente, a victorias aparentes y con ello a graves derrotas. Será aplicable en un país donde la masa es apática de acuerdo con su clase, como es, por ejemplo, una masa campesina, que no ve nada que no sea su villa y la cara pasiva de la política nacional; allí, una minoría proletaria activa de la población podría conquistar el poder estatal. Pero si esta táctica no había sido nunca ensayada o recomendada en Rusia, debe todo lo más coger de sorpresa cuando es recomendada para los países europeos occidentales, donde se encuentran circunstancias muy diferentes.

Con razón se enfatiza, de este modo, que el desarrollo de la revolución será mucho más lento y difícil en Europa occidental, porque la burguesía es mucho más poderosa que en Rusia. Pero, ¿en que consiste este poder? ¿En disponer del aparato del Estado? Ya lo perdió una vez. ¿En el número? Se enfrenta a un enorme número de obreros. ¿En el poder de mando sobre la producción? ¿En el poder del dinero? En Alemania, esto ya difícilmente significa mucho. Las raíces del poder del Capital descansan mucho más profundamente. Residen en el reinado de la cultura burguesa sobre el conjunto de la población, como también sobre el proletariado. Durante un ciento de años de período burgués, la vida espiritual burguesa ha empapado el conjunto de la sociedad, creó una organización y una disciplina espirituales que, a través de miles de canales, penetraron en las masas y las dominaron. Esto deberá ser gradualmente expurgado del proletariado mediante una lucha larga y tenaz. Primero, la ideología liberal y cristiana, que fue combatida por la ilustración socialdemocrática. Pero, precisamente la socialdemocracia, muestra cómo de profunda y absorbente es la dominación espiritual de las masas por el capital: parecía liberar espiritualmente a las masas y unificarlas en una nueva cosmovisión proletaria, y ahora se muestra que esta organización creada por ellas mismas se convirtió ampliamente en parte de la burguesa e impide la Revolución de las masas. De este modo, las resistencias que el proletariado de los viejos países burgueses

debe superar en sí mismo son infinitamente mayores en su enormidad que en los nuevos países de Europa oriental, donde está ausente cualquier cultura burguesa y una tradición comunista favorece la revolución. Está hondamente en las masas este respeto por el ordenamiento legal burgués, visible en el miedo ante los gritos de terrorismo, en la creencia en todas las mentiras, en la timidez de las propias medidas. Hondamente establecida en su ética, la ética burguesa, que confunde a través de bellas expresiones, que desorienta por medio de la hipocresía, que se burla a través del engaño inteligente. Está hondamente en su sangre el viejo individualismo burgués, hoy creer poder ganar todo con un embate y mañana recular ante la enormidad de la tarea.

Esto no significa que la victoria no sea posible aquí: el proletariado tiene también vastos recursos para desarrollarse; la revolución será en esto mucho más inmensa. No significa tampoco que la apropiación revolucionaria deba posponerse para un futuro distante: las circunstancias pueden forzar de cualquier modo a las masas a tomar el poder en sus manos a un tiempo, a pesar de todos los impedimentos espirituales, que sólo son superados después, dentro del proceso de lucha ulterior. Pero esto significa que la revolución no es posible a través de una minoría resuelta. Pues lo hace todo por un poder hostil en manos de la burguesía, que no es activo para la Revolución.

En este entorno social el Partido revolucionario no está entre la masa, que observa indiferente —esto sólo lo parece—; todo aquel que se comporta de un modo aparentemente apático ante la propaganda comunista es capaz de volverse un instrumento de la contrarrevolución gracias al poder de la ideología capitalista-burguesa. Mientras una parte de los proletarios, en la que se cuentan luchas cruciales, es paralizada, pasiva, hecha fluctuar por medio de la vieja ideología, las partes más atrasadas, cuya pasividad se espera, se convierten en un refuerzo de la burguesía. La historia de la República de Consejos de Munich es un ejemplo rico de todas estas distintas tendencias.

Para los países capitalistas con una burguesía espiritualmente poderosa, esto es, con una vieja cultura burguesa, cualquier desviación en la dirección de una táctica blanquista es, por consiguiente, imposible y reprobable. La doctrina de la minoría revolucionaria, de la dictadura de partido (*Parteidiktatur*) comunista, significa una subestimación del poder del enemigo, una subestimación del necesario trabajo de propaganda, lo que tiene que conducir a los más graves reveses. La revolución solamente puede venir de las masas, y solamente por las masas es llevada a cabo. El Partido Comunista debió olvidar esta simple verdad y, con las fuerzas insuficientes de una minoría revolucionaria, quiere hacer lo que sólo la clase puede hacer, de modo que la consecuencia será la derrota, que echará para atrás durante largo tiempo la Revolución mundial, bajo los más duros sacrificios.

* * *

«La teoría de la dictadura en Lenin y Trotski parte de un presupuesto tácito, según el cual la revolución socialista es cosa que ha de hacerse mediante una receta que tiene preparada el partido de la revolución; éste no tiene más que aplicarla enérgicamente. Por desgracia -o, quizá- por fortuna, depende de las circunstancias- esto no es cierto. No solamente no es una serie de prescripciones prestas para la aplicación, sino que, como sistema social, económico y jurídico, la realización práctica del socialismo es algo que pertenece a las tinieblas del incierto futuro. Lo que tenemos en nuestro

programa no son sino algunos indicadores generales que muestran la dirección en que deben tomarse las medidas, siendo éstas, además, de carácter predominantemente negativo. Sabemos, más o menos, lo que es preciso destruir de antemano a fin de allanar el camino a la economía socialista; no existe, sin embargo, programa de partido o libro de texto socialistas que nos ilustren acerca del carácter que han de tener las mil medidas concretas y prácticas, amplias o estrictas, para introducir los fundamentos socialistas en la Economía, en el Derecho y en todas las relaciones sociales. Esto no es un defecto, sino precisamente, la ventaja del socialismo científico sobre el utópico. El sistema socialista únicamente puede ser, y será, un producto histórico, nacido de la escuela propia de la experiencia, en el momento de la plenitud del desarrollo de la historia viva que, como la naturaleza orgánica (de la que, al fin y al cabo, forma parte), tiene la bella costumbre de crear, al mismo tiempo la necesidad social real y los medios para satisfacerla, el problema y la solución.»

«La práctica del socialismo exige una transformación espiritual completa de las masas, degradadas por siglos de dominación burguesa de clase. Instintos sociales en lugar de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de la desidia; el idealismo, que hace superar todos los sufrimientos, etc.. (...) La única posibilidad de un renacimiento reside en la escuela de la propia vida pública, en la democracia más amplia y más ilimitada, en la opinión pública. Lo único que hace el terror es desmoralizar.»

«Sin sufragio universal, libertad ilimitada de prensa y de reunión y sin contraste libre de opiniones, se extingue la vida de toda institución pública, se convierte en una vida aparente, en la que la burocracia queda como único elemento activo. Al ir entumeciéndose la vida pública, todo lo dirigen y gobiernan unas docenas de jefes del partido, dotados de una energía inagotable y un idealismo sin límites; la dirección entre ellos, en realidad, corresponde a una docena de inteligencias superiores; de vez en cuando se convoca a una asamblea a una minoría selecta de los trabajadores, para que aplauda los discursos de los dirigentes, apruebe por unanimidad las resoluciones presentadas. En definitiva, una camarilla, una dictadura, ciertamente, pero no la del proletariado, sino una dictadura de un puñado de políticos, o sea, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del jacobinismo.»

«La libertad que se concede únicamente a los partidarios del gobierno y a los miembros del partido, por numerosos que sean éstos, no es libertad. La libertad es solamente libertad para los que piensan de otro modo. Y no precisamente a causa del fanatismo de la “justicia”, sino debido a que todo lo que hay de enriquecedor, de saludable y de purificador en la libertad política, depende de ello y su eficacia desaparece cuando la “libertad” se convierte en un privilegio.»

Rosa Luxemburg, *La revolución rusa*, 1918.

* * *

Traducido y digitalizado por el Grupo de Comunistas de Consejos de Galiza (Estado español)